

An illustration of a hand writing a letter on a white sheet of paper. The paper has several blue horizontal lines for writing. A red pencil is being used, and a small red heart is drawn near the bottom. A stream of white paper airplanes with blue stripes is flying out from behind the paper, leaving a trail of small colored dots (blue, green, orange) against a dark red background.

El modo que teníamos de viajar

Pedro Simón



Pedro Simón

Pedro Simón (Madrid, 1971) es escritor, reportero y columnista. Como novelista, es autor de la llamada trilogía de la familia, que incluye sus obras *Los ingratos* (Premio Primavera de Novela 2021), *Los incomprendidos* (2022) y *Los siguientes* (2024). Entre su docena de volúmenes publicados, destaca el ensayo *Memorias del alzhéimer y Perder la gracia*, un libro en clave generacional escrito junto a sus amigos Eduardo Madina, Javier Gómez Santander y Antonio Lucas.

En clave periodística, es autor de las antologías de reportajes *Las malas notas*, *Crónicas bárbaras* y *Siniestro total*. Actualmente, trabaja como reportero y columnista en el diario *El Mundo*. Ha obtenido más de una decena de galardones por sus artículos. Entre ellos, destacan el Premio Ortega y Gasset 2015 en la categoría de Periodismo Impreso por su serie de reportajes en *La España del despilfarro* y el Premio al Mejor Periodista del Año de la APM en 2016. En 2020, fue finalista de los premios internacionales de la Fundación Gabo. En 2021, ganó el Premio Rey de España de Periodismo.

Su primera novela, *Peligro de derrumbe*, fue publicada en 2015 y se reedita ahora, en una edición revisada por el autor diez años después.

El modo que teníamos de viajar

Pedro Simón

El modo que teníamos de viajar



Agradecimientos

Agradecemos la participación y colaboración del Sitio de este relato, Terral, y al grupo de voluntarias de EY involucradas en los proyectos de apoyo socioeducativo para ayudar a seguir promoviendo la cohesión social en el barrio del Raval de Barcelona. Y especialmente a todas las pequeñas que acuden al centro y que tanto nos inspiran en nuestro día a día.





Querida abuela.

Desde que era muy pequeña me decían que eso que yo decía no podía ser, que no me hiciera ilusiones, que me quitara esa idea de la cabeza, que no desobedeciera tanto, que hiciera el favor de callarme o de conformarme, que cogiera una muñeca y la peinara –"hala, coge una muñeca y la peinas"–, que no pusiera esa cara de pasa cuando desenvolvía el papel de regalo y era otra cocinita de juguete, que ayudara a darle la vuelta al abuelo en la cama sin rechistar y sin taparme la nariz con dos dedos (lo mismo que cuando me tiraba a bomba a la piscina), que cerrara la puerta al salir porque a papá no le gustaba que estuviera abierta, que mantuviese bien juntas las rodillas y que tenía que saber aguantar y aguantar y aguantar (esto mamá me lo decía tres veces, sonriendo un poco, mordiéndose el labio de abajo y poniendo los ojos en blanco).

Todo eso me decían, abuela.

Así que, como yo seguía siendo igual que una mula que arreaba coces, ni caso que hacía.

Y cada vez que preguntaba por qué, cada vez que quería saber por qué los chicos sí y yo no, siempre escuchaba lo mismo por aquella boca que cada mañana me cubría de besos.

–Hija, es que tú eres una niña.

Así que, una tarde en que ellos jugaban al fútbol y yo nada más que miraba, me fui a la cocina, cogí unas tijeras, me encerré en el baño, me corté la melena delante del espejo y se me quedó el pelo ratonero y tieso, igual que bañé a la cobaya en la bañera con pasta de dientes.

Nada más verme ese día al entrar a casa, a mamá le dio como un infarto de mentira: soltó un gritito, se llevó las manos a la cabeza, luego las puso sobre la mía, las cruzó sobre su pecho. Fue un infarto de mentira mucho antes del infarto de verdad. Sé que pasó tiempo entre uno y otro porque ese domingo, el día del hospital, contigo a mi lado pegada como un moco, abuela, mientras yo os escuchaba cagadita, ya me había vuelto a crecer la melena oscura.

Recuerdo esa tarde tras el quirófano. Con el permiso de mi padre (siempre con su permiso), me llevaste a tomar un chocolate. Hablamos de cómo me sentía. Me preguntase no por el mogollón de ser ya casi una mujer, sino por el tipo de mujer que quería ser. A mí me daba miedo hasta contártelo y todo: lo de la mujer que quería ser, no fuera a ser que os provocara otro infarto.

Entonces, aquello fue muy extraño: tú te quitaste el pañuelo y no es que llevaras el pelo corto, como cuando el estropicio aquel que me hice, sino que tenías la cabeza llena de calvas.

Desde aquel chocolate, abuela, creo que nos entendimos como nadie en el mundo.

La primera vez que supe que era una mierda ser chica fue cuando la tía vino del médico que mira las tripas de las embarazadas y nos anunció que venía una niña.

–Será una niña –dijo. Y levantó mucho las cejas para ver qué opinaba la familia.

Y mamá suspiró sonriendo un poco, como cuando se ponía a pasar las hojas de un álbum de fotos sobre las rodillas.

Y las vecinas se alegraron pero no demasiado, igual que si a la tía le hubiese tocado un quinto premio de la lotería, pero no el Gordo.

Y el tío se mostró comedido y se fue con los hombres.

Y todos se callaron, como si fuese una noticia nada más que regular y no la Gran Noticia de mi Primera Prima, ¿te acuerdas?

Pero menos mal que estabas tú.

–Esa niña no será una niña más. Y menos mal... Y destripará esta tierra y hará surco nuevo, igual que cuando se prepara una huerta. Y se esponjará estudiando lo que quiera estudiar. Y vestirá como le dé la gana, esa flor que no se doma, y no como nosotras. Y alumbrará buenas noticias, igual que hemos hecho siempre las mujeres desde que el mundo es mundo. Porque no damos a luz a las hijas. Son las hijas las que nos dan a luz. Ea.

Con mi madre enferma cada dos por tres, fuimos las dos un bicho bola. En las calles de nuestro país llovía poco y hacia abajo y tú me querías lloviendo mucho y hacia arriba.

Por eso –en contra de todos y de todo– tú me dijiste que eso que estaba pensando sí podría ser, chiquilla, claro que podría ser; que me hiciera ilusiones; que no dejase que nadie me quitara mis ideas de la cabeza; que tendría que desobedecer; que no me conformara. Y que si alguien me regalaba otra vez una puñetera muñeca –dijiste puñetera, eh, y te ajustaste la peluca–, primero le diera las gracias y luego le cortara a mi gusto el pelo.

–A ver si así lo pillan, mi cielo.

Quedaba menos de un año para que nos fuéramos.

(...)





Querida nieta, me gusta esta forma nuestra de comunicarnos. Mucho más que lo del guasap, que con estos dedos como zanahorias no te creas que atino.

Boli, papel, caligrafía, el dibujo de un corazoncito al final, tu firma infantil como un saltamontes despanzurrado.

Desde que tu padre me saltó con que os ibais, yo ya sabía que no había hueco para mí en el autobús, en el ferry, en el avión.

Pero estaba igual de contenta con tu marcha, créeme. Daba lo mismo que no tuviese un puerto ni marinero que me esperara. A dónde iba ir yo. Con este olor a pueblo que no se me va ni con jabón de azufre. Las piernas infladas como odres. Las varices como ríos de un mapa escolar. La cabeza empezando a pelarse no solo ya por fuera, mi vida, sino por dentro. Y ese mar de por medio. Un mar. En el medio de las dos, criatura. Demasiado para una vieja que no sabe ni nadar.

Lo importante era tu viaje, ponerte a salvo a ti, llevarte hasta las casillas finales del parchís, hacerte fuerte donde nadie te pudiera comer. Lo mismo que cuando, de noche, ¿te acuerdas?, tú me ayudabas a encerrar las gallinas para que no se las jamara la zorra.

Ahora, cada vez que me levanto y recorro la casa, me duelen una miaja los ojos cuando miro el hueco que deja la marcha tuya, no sé si me explico. El lado de la cama en que me dormías a la espalda. Tu taza mellada lo mismo que tu sonrisa. Los cuadernos que llenábamos juntas cuando te cansabas de los gatos y de la televisión y me decías que jugáramos a maestros; que tú eras la profesora y yo, tu abuela, era la alumna que no había podido estudiar.

Porque así era. Yo te decía que era burra como una tapia y tú me decías que las que eran como una tapia son las sordas y no las burras.

Y qué risa me entraba cuando me cabalgabas en la tripa: arre burra.

Y qué colorada que te me ponías encima.

Y qué cosquillas que te saltaban por los aires desde la boca, como palomitas recién hechas.

Y qué silencio tan grande has dejado en casa, con lo chiquita que eras.

Cada vez que paso por la vieja puerta y me paro junto a las marcas de lapiz que hacía cada primero de mes para ver tus crecederas, me entra una congoja alegre. Y me consuelo diciéndome que hasta esta rayita de arriba del todo creciste conmigo, que hasta ahí te llevé, hasta ahí mismo, pero que te queda un montón por crecer más y mejor ahí fuera.

Qué hermosura es ver que lo que más quieras en el mundo va a ser mejor que tú. Que será una versión tuya sin descuajeringar.

Que lo estudiará todo. Que lo sabrá todo. Que será lo que quiera ser.

Te imagino revolviéndolo todo nada más llegar, chiquilla. Aprendiendo con rabia y buscando en el fondo de los libros como la que abre cajones llenos de ropa y lanza las prendas hacia atrás, sin mirar ni pararse en remilgos, porque tiene faena y prisa.

Te imagino con esa sed de camello que te entraba por las cosas y por las palabras y por los ríos y por los árboles genealógicos y por los animales y por las noticias.

A lo mejor hoy no entiendes todo esto que te digo, pero algún día lo comprenderás.

Bebe de todas la fuentes. Revuélvelo todo. Crece. No dejes de nadie te saque del horno antes de tiempo, antes de que te veas terminada.

A veces, aquí, en el pueblo, veo a una joven preñada y me la imagino como un jersey a medio tejer. Como un cuadro a medio pintar. Como un plato a medio cocinar. Como un libro a medio escribir. Como una cosecha a medio recoger. Como una cabra a medio ordeñar.

Así que siempre me pregunto qué sería de esa niña si la hubieran dejado terminar. Si no le hubiesen quitado antes de tiempo el bolígrafo, las agujas de hacer punto o el pincel.

Por eso me encanta verte lejos, porque quien mira lejos, ve completo. Porque, cuando uno mira demasiado cerca, se queda bizca perdida. Y entonces se ve todo doble o borroso.

Ya se me cansó la mano.

Ya se me durmió.

Ya está perezosa esta pendeja.

Anda con Dios: si es que te lo cruzas, no cambies de acera.

Pero hazme caso en una cosa, ratón: sobre todo anda con los libros.

(...)





Querida abuela, cada vez que estoy triste como un piojo, me pongo a releer tus tres últimas cartas –una tras otra– y enseguida me olvido. Igual que cuando me pasabas muy despacio la mano por la nunca y me entraba el gustirrinín. Igual que cuando, con buchitos de agua, hacías que me embuchara el puré.

Así se me va la pena.

Por aquí todo es muy distinto, pero no está tan mal. Mucho peor que entender el idioma, me está siendo entender la comida, los telediarios, el cambio de los billetes, el metro de la ciudad, que muchas personas vayan por la playa desnudas como perros y –sobre todo– que haya perros que vayan vestidos como personas.

Los perros, abuela. Vestidos con un abrigo peludo o con una prenda con capucha, qué te parece, te lo juro. Con una especie de chaleco apretado o con un jersey que les deja asomar el rabito. ¿Te imaginas? Si lo ves en un cuento infantil en nuestro país, ni te lo crees.

Nuestro país, esa es otra.

Hay varias niñas de nuestro país en mi clase. Solo que ellas ya saben más o menos español y hasta catalán y a mí me está cos-

tando un poco. Si no era la más lista de clase en el pueblo, imagina aquí.

A veces me da por pensar en el futuro y me acuerdo de lo que tú me decías: eso de que cuando me pregunten qué quiero ser de mayor, no conteste que médica, ni abogada, ni veterinaria, ni jardinera, ni nada de eso. Sino que conteste que de mayor quiero ser feliz.

Y yo sé lo que hay que hacer para resolver una raíz cuadrada, para poner la tilde en una palabra esdrújula o para saltar el plinto. Pero a veces no sé muy bien qué hay que hacer para ser feliz, abuela.

Mi madre ahora quiere que por las tardes vaya a un sitio del que le han hablado otras mujeres del pueblo que vinieron antes. El Sitio. Allí hay maestras que te ayudan con las asignaturas. Está lleno de luz. Todas somos chicas, muchas de fuera. Se está más caliente que en la casa en la que vivimos en este barrio y no hay tanto ruido.

Mi madre quiere que vaya, ya te digo (creo que algo habló contigo). Pero papá, que está algo nervioso porque no le sale nada, pone caritas raras.

Así que ya te contaré en qué queda la cosa.

Cuéntame de tu enfermedad en la siguiente carta.

Te beso enorme, viejita.

(...)



Querida nieta, ¿Ya no me dibujas un corazón al final de la carta? ¿Ya te has hecho mayor y te da vergüenza el amor? ¿Envejecemos porque nos da vergüenza el amor o nos da vergüenza el amor porque envejecemos?

En las últimas cartas me decías que estabas algo preocupada por tu futuro por culpa de tu diente, ya ves. Que un día se te rompió el diente saltando entre unas piedras y que, a la semana, escuchaste a tu madre decirle a otra vecina que tenía miedo con lo de tu diente. De tu nueva cara sin él. De que no pudieran casarte -eso escuchaste, me juras- por culpa del hueco que se te ha quedado vacío.

Ni caso. No hagas ni caso.

No crecen las piedras. Ni el sol. Ni tampoco los huesos de una vieja. Pero los dientes de una chiquilla sí que crecen. Y si no crecen, se los pone una. Así que a otra cosa.

Todo lo que hice mal educando a tu madre, lo quise hacer bien contigo. Por eso, cuando estábamos juntas, yo no quería que siguieras sus pasos de oveja modorra y -levantando tus brazos de bebé que empieza a caminar- te aupaba sobre mis zapatillas de andar por casa. Para que caminaras encima de mí. Un paso. Y otro. Y otro más. Una enanita encima de una giganta. Para que escaparas rápido. Con patucos de siete leguas.

Así que se lo dije a tu madre como si fuera una niña pequeña, sí: que tenía que empujarte. Que te diera toda la cuerda posible. Que para eso se habían marchado y no para hablarte del ratón Pérez. Que aprovechase los kilómetros para ponerte en la otra orilla. Que pensara que subirse al ferry había sido como tener plaza en un arca donde no cabía todo el mundo, no sé, esa tontada me salió.

El Sitio. Tú vete al Sitio aquel...

Ya te conté de la enfermedad en las anteriores cartas. Desde que me negué a que me metieran más porquería en el cuerpo, estoy como más entonada, como menos acoquinada, menos mierdera. No sé si más cerca de la muerte por no hacerles caso a los de la bata blanca, pero más viva, hija, más viva.

Todo se vuelve lento cuando tienes mi edad.

Todo va rápido cuando tienes la tuya.

Y eso es lo bueno y lo malo, ya lo aprenderás.

Pero háblame de ti. ¿Cómo va el instituto? ¿Te deja jugar tu padre por fin al voleibol? ¿Cómo fue el viaje de fin de curso? Dime.

En tu última carta, me contabas que tu madre está más cansada, más flaca, más callada, a veces hasta más triste. Bueno, piensa que de todo árbol hecho cisco siempre sale un brote nuevo. Y que ese brote ahora eres tú.

Te he visto en las fotos en bañador. Madre, qué mujer eres.

Estudia. Aprovecha el tiempo en el instituto y con tus amigas.

Sáltate una barrera si es que al otro lado ves un campo abierto.
Que no te frene ni Dios. Ni el de allí. Ni el de acá. Ni el que coge el
mando del televisor.

Y sonríe mucho, mi vida.

Con diente o sin él.

Porque los castillos más altos también tienen una almena rota.

Besos, ratón.

(...)







Querida abuela. Desde que estuvimos juntas en verano, no te había vuelto a escribir. Échale la culpa a un montón de cosas. A los estudios. Al grupo de montaña. Al curso de monitora. A Lucas, mi novio, que es un pesao. Y sí, también al teléfono móvil.

Pero el otro día, cuando papá quiso retirar las fotos antiguas de la cómoda, me acordé de ti y le dije que esa foto no la tocara, que me la llevaba yo a mi cuarto, que se estuviera quieto con las manos y con sus manías.

Así que he sacado este tiempo para escribirte algo, aunque sean cuatro cosas. Porque aquí muchas amigas mías están todo el día con que si Shakira esto y con que si Shakira lo otro, pero yo les digo que tú fuiste la primera persona a la que le vi bailar lo mismo que ella moviendo las caderas. Y se ríen. Y me río. Y luego me pongo algo triste porque te tengo algo olvidada, ¿verdad?

¿Te acuerdas de lo del baile? Yo sí. Fue en un cumpleaños. En la cala a la orilla del puerto. Era agosto. En vez de la danza del velo, tú dijiste que ibas a hacer el baile de Shakira. Y desde entonces, cada vez que la veo moviendo el culo, me acuerdo del culo grandote tuyo.

El modo que teníamos de viajar

Te cuento, vieja mía. Me he teñido de rubia. Por fin me quitaron los brackets. El mes pasado ganamos la final de voley de Barcelona. Me paso todo el día en clase. Solo que por las tardes voy a aquel Sitio del Raval donde he hecho un montón de amigas. Porque en casa ya me es imposible estudiar.

Desde que murió mamá, papá no es el mismo. Yo menos. Pero no te quiero aburrir con mis movidas.

Cómo van las gallinas. Cómo va la enfermedad tuya. Cómo tienes el jardín.

Besos.

Con corazón dibujado y todo, para que te quejes.

(...)



Querida nieta, llevo un año sin recibir cartas tuyas y, cada vez que te llamo, tu padre me dice que no estás, me despidé rápido, me cuelga.

Y como no sé nada de ti y la tele me aburre, me gusta sentarme junto a la chimenea, arrimar otro tronco, mirar sin miedo el fuego, imaginarte.

Todo lo que no he sido yo, todo lo que no puede hacer que fuese tu madre, eso es lo que vas a ser tú, lo que estás siendo.

El tiempo es como una de esas urracas que se van llevando las cosas brillantes. Un día se me llevó la memoria de tus ojos de chocolate espeso. Otro día se me llevó el tacto de tu mano. Otro día se me llevó otro recuerdo que acabo de olvidar.

A mí no me queda demasiado tiempo. Pero tú tienes por delante todo el del mundo. Dale brillo, déjalos ciegos con tu luz.

Y contéstame algo, por favor, ratón.

Tu abuela que te quiere.

(...)





Querida abuela. He empezado la uni y todo va bien con Nacho. No me da la vida. Pero quería mandarte esta postal desde Londres.

Feliz Navidad y próspero año nuevo.

(...)





Querida nieta, hace tanto tiempo que no llega carta tuya que ya ni sé contar los meses pasados con los dedos. No sé cuántas cartas llevo escritas y no sé cuántas más te podré escribir. Levantar un bolígrafo es como levantar un leño. La mano se me amustia en el renglón lo mismico que una planta sin riego.

Ayer vi a mi madre (tu bisabuela) aparecerse en el dormitorio. Iba vestida de niña. Me decía que vendría un diluvio. Y que me preparase para salvarte.

Luego me sonreía.

Esta cabeza mía...

Espero noticias.

Besos, ratón.

(...)



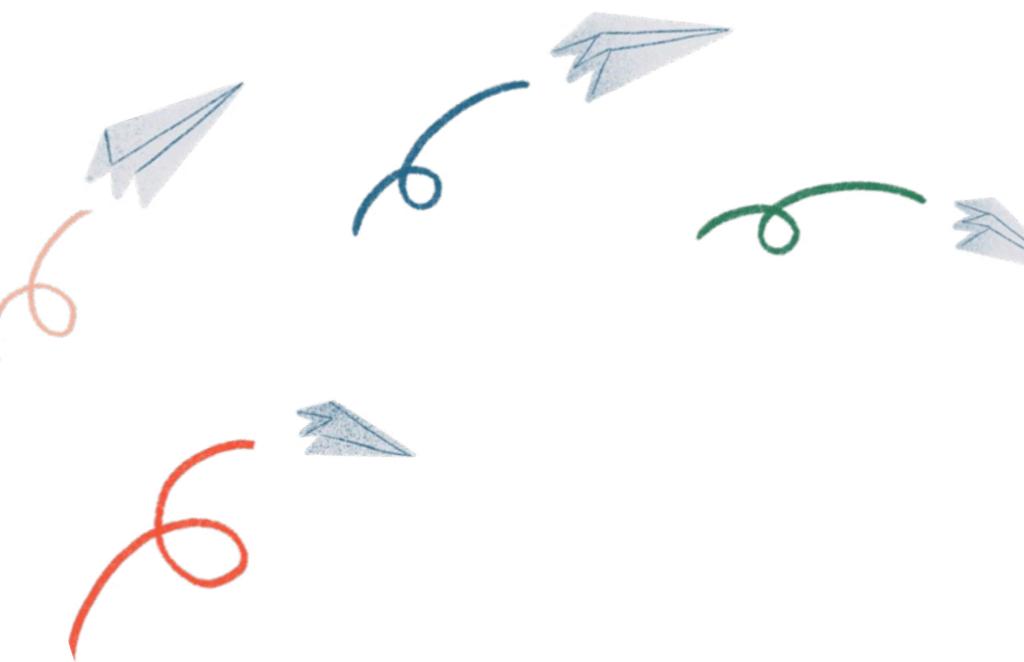
Querida nieta...

(...)

[Devuélvase al remitente.
Paradero desconocido.]

Querida Nieta ...

El modo que teníamos de viajar



OCHO AÑOS MÁS TARDE

A veces las miro cuando cruzan el umbral –tan chiquititas y ali-quebradas– y me acuerdo de cuando yo entré aquí por primera vez, siendo una niña, con esos mismos ojos boquiabiertos de pollito que podría ser zampado por cualquier zorro.

A veces las miro y me acuerdo de cuando aquella riada de incertidumbre, malas calles y papel de liar engullió para siempre a algunos niños del Raval y yo, en cambio, logré escaparme agarrándome muy fuerte al pomo de aquella puerta.

A veces las miro y me acuerdo de cuando vine a esta especie de isla del saber a la que tú –estando a 1.200 kilómetros de distancia de mí– me mandaste una tarde lo mismo que otras abuelas envían a sus nietas a comprar el pan: solo que tú no querías que yo comprara pan, abuela, tú querías que lo hiciera.

A veces las miro y me miro y me vuelvo a mirar y me tiento la ropa, como quien se sabe seca y a salvo, y entonces te celebro y te recuerdo como un viejo salmón –con sus marcas de anzuelos por todo el cuerpo, medio sorda, tu rodilla izquierda hecha papilla–, un salmón que sube a contracorriente por un río imposible lleno de obstáculos, a pesar de todo y de todos, para poner lo más querido a salvo en lo más alto.

El Sitio.

Un lugar donde yo pudiera estudiar sin los gritos de papá, ni el frío, ni el chirriar de las vías del metro que se veían desde nuestro bajo B, me decías. El Sitio. Algo que ni mi madre ni tú tuvisteis, ponías en tus cartas. Algo para que la niña “no sea como yo”, decías. Y entonces yo no comprendía nada. Porque te juro que, si a alguien quería parecerme, era a ti. Si quería ser alguien, esa persona eras tú.

–No dejes de ir a ese Sitio –me dijiste aquel único verano en que nos volvimos a ver–. Diles que te manda tu abuela. Y entras. Y cierras la puerta. Y no mires atrás. Y así todos los días.

Esa era tu orden. Una orden que sonaba a cuento de miedo, ni que hubiese una apocalipsis zombi en el barrio, abuela; ni que tú fueses Hodor en ‘Juego de tronos’ tratando de impedir que se me comieran los caminantes blancos.

Esa era tu orden y yo la cumplía.

Tú me hablabas de que los libros nos daban llaves, pero yo abría uno allí y solo veía letras y letras. Tú me hablabas de que la educación era el mejor de los motores, pero en aquel centro donde nos enseñaban, nadie tenía ni idea de coches. Tú me hablabas de que, sin la ciencia, no sabríamos nada de la galaxia ni de las estrellas, pero luego tú te quedabas incomprensiblemente dormida (y hasta roncabas) cuando salíamos a verlas.

Hasta que pasó algo y te entendí.

El Sitio. Todas tenemos un Sitio.



Aquella tarde, tú acababas de copiar una receta de la tele y dejaste la hoja encima del hule. La vi y no pude evitarlo. Fui a por el boli rojo y oficíe de maestra. Te marqué todas las faltas de ortografía. Arroz es sin hache, abuela. Azafrán lo mismo. Berenjena no lleva uve... Y a medida que yo seguía masacrando con el color rojo tu caligrafía, tú empezaste a llorar de alegría.

Y a cada falta que te decía, más contenta que te ponías. Así que paré y no dije nada del aceite, ni del bino, ni de los dientes de hajo, para que pudieras sonarte bien la nariz y se te quitara el hipo.

Creo que es el momento en que te he visto más feliz de toda mi vida. Igual que cuando pensabas que la perra chica se había contagiado de lo mismo que la perra grande y que se iba a morir de la misma manera, pero luego la veterinaria te dijo que no, que esa perrita estaba sana.

Esa cara de alivio fue la tuya conmigo.

Con el pañuelo hecho un gurruño, me dijiste: ay esta niña, vale más que un ministro, ay mi niña lo que sabe, ay Jesús, si pudiera verte tu madre, qué orgullo nos das.

Y luego me diste un montón de esos besos tuyos, como de ametralladora de repetición, que me pincharon un poquito por culpa de los cuatro pelos de tu barbilla.

A veces las miro –te decía– cuando cruzan el umbral con las botas de agua rosas, o sacudiendo el paraguas de setas recién plegado, y pienso en tu luz, abuela.

A veces las miro aquí dentro, mientras diluvia ahí fuera, y entonces me acuerdo de aquello que me escribiste de tu arca de Noé.

Un arca de Noé donde se cobijan las niñas elegidas. Igual que si en el barrio hubiese un diluvio de jeringuillas con sangre como las que a veces tenemos que barrer de la puerta, y nosotras estuviésemos a salvo aquí dentro, calentitas, sin nada que nos pinche.

El arca. La nuestra. De la que me hablaste en una carta. Este lugar donde yo ahora soy la que les ayuda con las raíces cuadradas o con las oraciones sintácticas, con las clases de catalán o con el inglés, con la química o con la física. Solo que en la famosa arca nada más que faltaba un portero de discoteca en la puerta diciendo quién entraba y quién no, y aquí somos una fauna imbatible hacia afuera.

Hay dos niñas que no paran de reír –Lucía y Vera– que están como cabras. Jamila hace muy bien el elefante con el brazo. Cris es una leona. Erlinda es lenta como una tortuga y lista como como un lince. Irina trae unas heridas de gata arisca.



Y en el centro aquella hoguera, abuela.

Cuando leemos, me acuerdo de las hogueras de la noche de verano. Esas caras iluminadas. Solo que con los libros en el medio y no con unos ceporros de olivo ardiente.

¿Es este el calor del que hablabas, abuela?

Ya sé que no me escuchas porque ya no estás. Pero igual te sigo escribiendo cartas que conservo y que yo sé que te habría encantado leer, tocar, oler, repasar con los dedos, acaso besar.

Pero te dejo, te tengo que dejar...

Me está llamando una niña que quiere que le ayude con un dictado. Una niña que tiene más faltas de ortografía que tú, que ya es...

Lesuento lo de tus faltas –y lo de los güevos y lo de la nebera y lo del imbierno y lo de cómo escribías sacando la punta de lengua por la comisura del los labios– y se parten de risa.

Y esa risa dinamitera suya es una forma de escape, abuela. De volarlo todo. De hacerlo de nuevo.

Lo mismo que fue tu empujón.

Al fin y al cabo, tú siempre decías que contar o leer o escribir era el modo que teníamos las pobres de viajar.



QUERIDA
Abuela